

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): *Sal de la casa de tus padres hacia la tierra que te mostraré.*

Salmo (32, 4-5.18-19. 20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor venga sobre nosotros».*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): *Toma parte en los trabajos del Evangelio.*

Evangelio (Mateo 17, 1-9): *Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.*

De camino a Jerusalén hace Jesús una pausa y deja entrever a sus discípulos en qué desemboca su camino: “*muerte y resurrección*”. Para ello, se hace acompañar de personajes representativos: Moisés es, en tierra extranjera, el líder de la epopeya del Éxodo, liberador providencial de poderes exteriores que esclavizan al pueblo. Elías es, dentro de la tierra prometida, el libertador de esclavitudes interiores, campeón en la lucha contra todo lo que esclaviza al hombre desde dentro de sí mismo y restaurador de la moral necesaria para hacer posible el cumplimiento de la Ley. Jesús es el liberador universal, el redentor que inspiró a Moisés y a Elías lo que tenían que hacer y ahora habla con ellos de la anunciada meta a la que se dirige: *«su pasión y resurrección»*.

El episodio recuerda que también nosotros estamos de camino, que el camino va certero a una meta y que esa meta es un encuentro con Alguien que es la Vida. Es necesario saberlo. El que no sabe a dónde va tampoco puede elegir libremente su camino, los deportistas lo saben muy bien, por eso se fijan marcas y se someten a los adecuados entrenamientos.

A veces acontece viajar en la oscuridad de la noche o en la espesura de la niebla. Sabemos que la carretera nos conduce al destino, pero no vemos más que lo imprescindible para avanzar penosamente y con cautela. El paisaje está allí aunque invisible. La prudencia y los mapas, seguidos con fidelidad, permiten avanzar sin riesgo y con la certeza de llegar a destino. En la fe hay certeza pero no siempre claridad, luego aparece el sol y todo el paisaje se llena de luz y se hace claridad.

El episodio de la transfiguración es como un chorro de luz sobre las oscuridades de la fe para iluminar el misterio de la vida cristiana en su continuo caminar. El Tabor está en la geografía de Palestina pero lo que en él se enseña sucede en el corazón de los hombres.

Sería maravilloso poder trasladar el cielo a la tierra aunque no fuera más que por unos días o por unos instantes para saber cómo es. En esto soñaban Pedro y sus compañeros cuando proponían construir unas tiendas en la cima del Tabor. Pero no sabía Pedro lo que decía porque estaba “*soñando*”.

Mientras hacemos el camino de la vida, las personas nos vamos sorprendiendo unas a otras. A veces es una sorpresa desagradable: una traición, un egoísmo, una palabra hiriente, un desprecio, una crítica destructiva. Otras veces, en cambio, es una sorpresa agradable: una cualidad desconocida, una bondad insospechada, una fidelidad desconcertante, una amnesia que olvida el mal recibido, una mirada que acoge y perdona, etc.

En el grupo de Jesús no ganaban para sorpresas. Jesús les sorprendía cada día con su modo de ver la vida, su modo de estar con la gente, su preferencia por los más caídos, sus palabras sobre Dios, les descolocaban y hacían añicos sus visiones y expectativas. Veían en Él tal determinación por la causa del Reino que, un día, sintieron temor pues, en el futuro que se dibujaba en el horizonte había sombra, noche y conflicto.

Por ello, seguramente en cada uno de ellos y también en sus conversaciones aparecía una pregunta: **¿quién es este hombre que cada día nos sorprende con su palabra y su vida? ¿Quién es Jesús en lo más profundo de sí mismo?** No hacía mucho tiempo, en un momento de crisis, el mismo Jesús les había preguntado: *«y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»* (Mt 16,15).

Cuando la vida nos sonrío no solemos hacernos grandes preguntas. Vivimos y disfrutamos. En cambio, cuando las dificultades asoman por la puerta comenzamos a hacernos preguntas: lo hacemos sobre el esposo o la esposa, sobre los hijos, sobre nosotros mismos, sobre las relaciones sociales, sobre el sentido de la vida, sobre la religión que practicamos, etc.

Hoy, en esta época, caracterizada por tantos cambios tecnológicos, sociales, culturales y religiosos, a los cristianos nos toca, como aquellos primeros discípulos que veían y sentían la dificultad, preguntarnos por el sentido y valía de la fe que profesamos. Nos toca, a la vista de una realidad que pone en crisis las visiones, creencias y valores anteriores, preguntarnos qué merece la pena creer y, sobre todo, preguntarnos a quién merece la pena escuchar y seguir.

Decía una voz desde la nube. *«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle»*. Mateo parece estar pensando en nosotros, los seguidores de Jesús de todos los tiempos, para recordarnos lo que nunca hemos de olvidar: lo más importante es escuchar a Jesús: escuchar sus palabras, contemplar su modo de vivir, su modo de hacer. **Guardarlo muy dentro: en la mente y en el corazón... y seguirlo.**